

Buitres

Carmelo era uno de los pocos pastores tradicionales que quedaban en Aragón. Estaba encantado de volver a su Pirineo al inicio de cada temporada de verano, tras pasar el invierno en el valle del Ebro. Los meses estivales eran los más duros, ya que subsistía en la montaña con la única compañía de sus perros y sus ovejas, caminando a diario durante horas, y con una austera cabaña, sin electricidad ni agua corriente, como único refugio. Pero su personalidad y la educación que le dieron sus padres le facilitaban no solo sobrellevarlo, sino disfrutar de la soledad y de la conexión plena con la naturaleza.

Su padre le enseñó todo acerca del oficio. Le mostró los diferentes tipos de pasto, las preferencias de las ovejas y cómo tratarlas para obtener una mayor producción. Con él hizo la primera trashumancia, y las dieciocho siguientes. Aprendió a ordeñar, a esquilar y a matar corderos haciéndoles sufrir lo menos posible, entrando en una especie de trance para no pasarlo tan mal. Al principio tenía pesadillas durante varios días, pero acabó interiorizando los argumentos de su padre: "Alguien tiene que hacerlo, mejor nosotros que en el matadero", y "la naturaleza funciona así, unos tienen que morir para que otros vivan".

Estar allí en verano también le permitía bajar a su pueblo, Canfranc, a abastecerse de comida y a saludar a su madre. De ella aprendió que la resignación no tiene por qué ser negativa. No siempre hay que luchar por lo que uno desea. Luchar implica enfrentarse a situaciones y personas, y consumir una energía que puedes invertir en, simplemente, vivir. Vivir de manera simple es lo que la familia hizo siempre, con pocos lujos y sin grandes aspiraciones. Desde que murió su padre, se veían poco aunque se querían mucho, más de lo que se demostraban; y es que las circunstancias habían endurecido sus caracteres.

Muy rara vez, si necesitaba una mayor interacción social, hacía una visita al bar. Se tomaba un vino y hablaba con los parroquianos, viejos conocidos de la juventud. A ninguno lo consideraba un amigo. Con las mujeres tampoco tenía éxito, su excentricidad y sus escasas habilidades sociales se lo dificultaban. Tuvo alguna relación, de esas que comenzaban en una verbena, cuando reía más que ahora y todavía se atrevía a bailar después de beberse un par de copas. Aún se acordaba de aquella chica de Zaragoza, la única de la que se enamoró. Pero hacía muchos años que había dejado de intentarlo, en la montaña se sentía más cómodo que bailando y allí arriba tenía pocas oportunidades de ligar.

Como ya era tradición para él, el primer día que tenía permiso para aprovechar los pastos de Rioseta subía al Pico del Águila después de conducir al rebaño al fondo del valle. Dejándolo bajo la custodia de los dos mastines podía irse tranquilo. Además, conocía bien el recorrido que harían las ovejas viejas, que aprendieron de las anteriores y que, a su vez, enseñarían a las jóvenes. No se irían muy lejos.

El circo glaciar siempre le pareció un cuadro y, como siempre, estaba precioso. Hacía mucho tiempo que el hielo no circulaba por él, pero todavía se observaban pequeñas manchas de nieve en las partes más altas. El paisaje estaba lleno de contrastes: por un lado, la belleza de los verdes del bosque y de los otros mil colores de las flores que se abrían en los prados iluminados por el sol, bajo un cielo azul salpicado de nubes algodonosas. Por otro lado, la dureza del terreno, su superficie abrupta, los cortados rocosos, altísimos, desnudos de vegetación y vestidos de gris. Un escenario más diseñado para la muerte que para la vida.

Carmelo ascendía por el sendero flanqueado por rosales silvestres que, en esa época del año, aromatizaban el ambiente. Recordaba cada piedra del camino, de tantas veces como lo había recorrido. Su condición de montañés, su experiencia en el pastoreo y su afición por la fauna salvaje le hacían valorar los recursos que ofrecía el monte y fijarse en cada detalle: cada rastro de animal, cada nuevo arbusto en las laderas, cada árbol muerto entre la masa... y cada señal de actividad humana.

Sus cerca de cincuenta años le iban pesando, ya no subía al ritmo de antes. Como le vendría bien un respiro, no le importó detenerse a saludar a una pareja joven que iba a cruzarse con él; todavía estaba por empezar a hartarse de esos senderistas fosforitos y gritones, como le sucedía cada verano. Le contaron que venían de hacer el pico, que les había gustado la paz que se sentía, en comparación con otras excursiones más populares que habían hecho, y que bajaban a coger el autobús que paraba en Rioseta para volver a Canfranc, donde se alojaban. A Carmelo le parecieron comentarios intrascendentes salidos de urbanitas, pero habían sido agradables, respetuosos con él y con su tierra; algo a lo que no estaba acostumbrado. Sentía las miradas de superioridad de la gente

que se encontraba en el monte e imaginaba sus pensamientos: "Mira, un pastor con sus ovejas, qué imagen tan bucólica", o "pobre hombre, qué vida tan dura, seguro que no ha tenido otras opciones, seguro que nunca ha salido de aquí", o "qué envidia, todo el día en la montaña paseando". Lo que opinaban en el pueblo lo sabía bien: que era un desgraciado, que había heredado el ganado de su padre y había aceptado sin más lo que le venía de familia, que no había tenido la valentía ni la inteligencia de trazar su propio rumbo y crear negocios más productivos como habían hecho los demás...

A él aquello le afectaba mientras estaba en el pueblo, pero cada jornada en la montaña le reafirmaba en su buena elección. Allí arriba no le llegaban las habladurías. Sin embargo, le impactaba ver los cambios que estaba sufriendo el valle en los últimos años. El turismo había desterrado por completo las formas de vida que sus habitantes desarrollaron siempre. La influencia de este sector se dejaba ver sobre la actitud de los lugareños y, cada vez más, sobre el entorno. El Gobierno había invertido una millonada en restaurar el histórico edificio de la estación de tren, que se había convertido en un hotel de lujo gigantesco, para acoger a más y más turistas que colapsaban Canfranc y sus alrededores tanto en verano como en invierno. Su pueblo se estaba llenando de bares y restaurantes, tiendas de recuerdos fabricados en China, empresas de visitas guiadas y de deportes de aventura, casas rurales y *Airbnbs*. No quedaban más pastores, ni agricultores, ni leñadores, ni artesanos.

Caminó más ligero después de la parada, aunque ayudándose de su vara y atento al suelo. Vio huellas de zapatillas de *trekking* y recogió un envoltorio de barrita de cereales, que se metió en el bolsillo; seguro que era el rastro que había dejado la pareja de antes. También identificó una deposición de zorro, macho, por su elección de hacerlo

en el medio del sendero, y escuchó los incesantes cantos de los pinzones. Había cosas que no cambiaban.

Lo primero que hizo al llegar a la cima fue asomarse al borde del acantilado. El fondo del circo parecía una maqueta visto desde allí arriba y era hipnótico contemplar los movimientos del rebaño en perspectiva cenital. Las ovejas seguían pastando en la pradera en la que las había dejado y los perros descansaban tumbados a la sombra de un serbal. Sus animales disfrutaban de la vuelta al Pirineo tanto como él.

Tras comprobar que abajo todo estaba bien, dirigió su atención al paisaje. Empezó por el cielo y contempló fascinado a varios buitres que volaban describiendo una espiral ascendente. Seguro que necesitaban subir muy alto para, luego, planear muy lejos hasta encontrar comida en algún muladar. En Rioseta, a pesar de que era su hábitat perfecto para criar y continuaban anidando en sus paredes rocosas, disponían de poco alimento desde que se había prohibido abandonar cadáveres de ganado en el monte. Una traba tanto para los carroñeros, como para los ganaderos. Con suerte para las aves, a veces aparecía algún sarrio despeñado.

Bajó la vista hasta las crestas que se recortaban en el azul del cielo. Recordaba que años atrás, por esas fechas, estaban cubiertas por completo de un manto blanco. Siguió el recorrido de los canales y barrancos, y comprobó que la escasez de nieve los hacía yacer secos y mudos, sin el rugido ensordecedor de las cascadas ni el dulce murmullo de los arroyos.

Más abajo empezaba el verde. Observó los pastos donde debería pacer su rebaño durante las próximas semanas. Era el bosque quien los devoraba. El matorral, luego los arbustos y, al final, los árboles iban extendiéndose y colonizando las praderas. La poca ganadería extensiva que quedaba no tenía nada que hacer contra esa fuerza vegetal. Sobre la hierba, incluso en la distancia, se distinguían boñigas de vaca resacas, imposibles de descomponer y convertir en suelo fértil sin la acción de los escarabajos, que estaban siendo exterminados por los medicamentos dirigidos a los parásitos intestinales de las reses.

Echó una ojeada al bosque y se fijó en cuánto había crecido un cerco de pinos muertos, con el follaje rojizo de tan secos, desde el año anterior. Nadie allí arriba estaba acostumbrado a tanto calor y a tanta sequía durante tanto tiempo; algunos árboles se debilitaban. Entonces, los insectos que se alimentaban de sus hojas y de su madera se aprovechaban de no encontrar resistencia y aumentaban sus poblaciones hasta acabar con ellos.

Localizó un sendero que salía de la masa forestal y lo siguió hasta ver a sus ovejas. Continuaban en el mismo punto, pero más inquietas que antes. Los mastines se habían levantado y corrían hacia dos caminantes que se alejaban raudos, precedidos por un perrito blanco inmaculado y libre de correa del que no alcanzaba a distinguir la cola, pero la deducía entre sus patas. Carmelo sonrió. Estaba harto de recomendar el comportamiento adecuado al acercarse a un rebaño y de pedir que atasen a los perros. Sabía el miedo que daban los graves ladridos de los suyos y el gran tamaño de sus bocas. También sabía que lo más probable era que no atacasen; aunque a veces le gustaría que lo hicieran, estaba cansado de las molestias.

Vio a los asustados visitantes meterse en un coche, tan blanco como el perro, aparcado donde el sendero se abría a la pista; estaban salvados. Los mastines siguieron al vehículo durante una veintena de metros, como para asegurarse de que la amenaza surtía efecto. Enseguida se dieron la vuelta y se encaminaron hacia las ovejas. Qué buen trabajo hacían.

Entonces apareció por la pista una *pick up* blanca, pero infinitamente más cubierta de mugre que el otro coche, al que esperó en una zona de ancho suficiente para poder cruzarse. Era Pedro, el de las vacas. Pedro era uno de esos vecinos que había convertido la casa de sus padres en un *Airbnb*; cuya mujer trabajaba con él en su restaurante; cuya hija, en el hotel de la estación; y cuyo hijo, de guía de barrancos. Al menos se habían quedado en el pueblo. Lo de soltar a un puñado de vacas procedentes de Suiza en el monte de Canfranc, bien llenas de antiparasitarios por si acaso, ir a verlas de vez en cuando en el todo terreno, pedirle a Carmelo que "las vigilase un poco" y que se asegurase de que los abrevaderos estuvieran llenos, y lo de cobrar las subvenciones de la PAC y llevarse el dineral que los clientes le pagaban por la "carne ecológica" lo hacía "por que no se perdiesen las tradiciones".

Carmelo dirigió la mirada un poco más allá, hacia la carretera. Divisó el autobús amarillo, que acabaría de recoger a la pareja fosforita, reanudando su marcha y continuó el recorrido visual hasta el parking. Esa mañana había pasado por ahí con sus animales muy temprano, cuando aún estaba vacío. En ese momento, además de varios coches, vio dos excavadoras y un volquete: iban a comenzar las obras del teleférico que uniría la estación de esquí de Astún con la de Formigal a través del valle de Canalroya. Si cada invierno nevaba menos. Iban a derrochar una fortuna de dinero público en eso, en lugar

de emplearlo en cubrir las innumerables necesidades de la comarca. Iban a desfigurar la montaña. Iban a destrozar el camino que recorría cada atardecer de verano para regresar a su cabaña.

Su cabaña. La buscó. Le estaba dando el sol y, aún así, apenas se distinguía del fondo. Estaba construida a partir de las rocas de su alrededor y parecía camuflarse para pasar desapercibida. Su emplazamiento era idílico y tenía unas vistas increíbles desde la ventanita. Cuántos momentos: arreglándola con su padre, buscando las piedras que mejor se ajustasen a los agujeros de las paredes; temblando con las tormentas; apañando el tejado, comprobando que no goteaba; yendo a buscar agua al manantial; encendiendo la chimenea en las noches frías de septiembre; cerrando la puerta para irse al sur...

Se apartó unos metros del precipicio y se sentó en una de las grandes piedras que parecían modeladas para la comodidad del que deseara disfrutar de la contemplación desde tal mirador natural. A su lado, en el suelo, reparó en un montoncito de excrementos recientes que solo podían ser de sarrio; no había cabras domésticas en muchos kilómetros a la redonda. Con el extremo de su vara, aplastó algunos para ver su composición: apenas contenían restos leñosos, por lo que dedujo que eran de hembra, ya que las nutritivas herbáceas eran su principal alimento en época de cría. Se la imaginó ahí, haciendo sus necesidades mientras se regodeaba en la belleza de su hogar.

Las bolitas todavía estaban húmedas y brillantes, así que había faltado poco para que se topase con *ella*. Una lástima, le gustaba ver a estos animales de cerca y cada vez era más difícil encontrárselos; también debían de estar siendo desplazados por el turismo invasivo.

Reflexionó acerca de todo lo que había visto y se centró en sus sentimientos... No podría ser feliz en otro lugar, ni con otra vida, pero seguir comprobando el deterioro año tras año le dolía demasiado. Pensaba: "hasta ahora no me he adaptado, me he aguantado". No lo soportaba más, no se sentía capaz de acostumbrarse a aquella degradación, ese había dejado de ser su sitio.

Si él desapareciese, alguien se haría cargo de sus ovejas; ya fuese Pedro, ya fuesen los buitres. Su cabaña acabaría hundiéndose. Su madre se resignaría. Y confiaba en que sus perros tuviesen una mayor capacidad de adaptación que él. No era la primera vez que pensaba en ello, asomarse desde el Pico del Águila siempre le provocó la misma idea, pero esta vez estaba decidido a hacerlo: por fin tomaría las riendas de su destino.

Sentado en aquella piedra, se descalzó y metió los calcetines en las botas. Se levantó, se quitó la camiseta y disfrutó del sol en la espalda mientras se quitaba los pantalones y los calzoncillos. Metió la ropa dentro de los pantalones y enrolló todo con las perneras. Encajonó el bulto, junto a su vara, entre dos de las grandes rocas, con la esperanza de que el viento no lo moviese y la siguiente persona en verlo se lo llevase de allí. Se asomó de nuevo al acantilado.

Él no era consciente de que *ella* lo observaba.

Lo vio llegar y pasear la mirada a su alrededor. Lo vio sentarse y quedarse unos minutos quieto, como absorbiendo todos los estímulos del exterior: el calor del sol, el frescor de la brisa de norte, el olor de las rosas, el canto de los pájaros y el zumbido de

los insectos. Parecía tranquilo, seguro, en paz. Lo vio levantarse, desnudarse y acercarse al borde.

Carmelo miró hacia abajo y, solo un instante, volvió la vista atrás. Sus ojos se encontraron con los de *ella*.

Ella sintió que su corazón se aceleraba, pero no se movió.

Él sintió la conexión, pero de inmediato giró la cabeza e hizo lo que había decidido.

Lo vio desaparecer. No producía sonido alguno mientras caía y tampoco se oyó el golpe al llegar al fondo del valle. Ella sabía lo que venía después: los buitres. No le afectó. La muerte de otros estaba muy presente en su vida, había visto a muchos de los suyos despenarse... y había aprendido a no acercarse al precipicio.

Al dejarse caer, Carmelo tuvo un último pensamiento para el envoltorio de la barrita de cereales en el bolsillo: esperaba que no saliese volando. Y para los buitres: esperaba que les aprovechara su cuerpo.

Cayó recordando aquella frase de su padre: "La naturaleza funciona así, unos tienen que morir para que otros vivan".

Ela